

COLECCIÓN  
INVESTIGACIÓN Y CRÍTICA LITERARIA

---

**José Pascual Buxó**

**EL POETA  
COLOMBIANO  
ENAMORADO  
DE SOR JUANA**

PLAZA & JANES

**P & J**

EDITORES

DEPARTAMENTO DE LITERATURA



FACULTAD  
de ciencias  
HUMANAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y LINGÜÍSTICA  
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES





**José Pascual Buxó**

**EL POETA  
COLOMBIANO  
ENAMORADO  
DE SOR JUANA**

**Departamento de Literatura  
Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Nacional de Colombia**

**Departamento de Humanidades y Literatura  
Facultad de Artes y Humanidades  
Universidad de Los Andes**

**Plaza & Janés  
Editores Colombia S. A.**

Pascual Buxó, José.

El poeta colombiano enamorado de Sor Juana /  
José Pascual Buxó / Bogotá: Universidad Nacional  
de Colombia: Universidad de Los Andes:  
Plaza & Janés Editores, 1999  
311 p. 14,0 x 21,0 cm.

ISBN: 958-14-0309-4

I. TÍTULO. II. SERIES.

1. Alvarez de Velazco y Zorrilla, Francisco. 1624-1708
2. de la Cruz, Sor Juana Inés. 1651-1695

Dirección Proyecto Editorial: - Universidad Nacional de Colombia  
*Fabio Jurado Valencia*  
*Jorge Rojas Otalora*

- Universidad de Los Andes  
*Adolfo Caicedo*

Primera edición: El enamorado de Sor Juana UNAM, 1993  
Segunda edición: 1999

© 1999 José Pascual Buxó

© 1999 PLAZA & JANÉS  
Editores Colombia S. A.  
Calle 23 No. 7 - 84  
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia

© 1999 Departamento de Literatura  
Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Nacional de Colombia

© 1999 Departamento de Humanidades y Literatura  
Facultad de Artes y Humanidades  
Universidad de Los Andes

ISBN: 958-14-0309-4

---

Preparación Editorial: 4 x 4 Editores Ltda.  
Impreso por: Quebecor Impreandes

*Yo adoro a Lysi, pero no pretendo  
que Lysi corresponda mi fineza;  
pues si juzgo posible su belleza,  
a su decoro y mi aprehensión ofendo*

*No emprender, solamente, es lo que emprendo:  
pues sé que a merecer tanta grandeza  
ningún mérito basta, y es simpleza  
obrar contra lo mismo que yo entiendo.*

Sor Juana Inés de la Cruz



## PRÓLOGO

El diálogo entre la literatura colombiana y la literatura mexicana tiene sus orígenes en el período colonial. Si bien se ha dado una distancia grande en el desarrollo cultural de los dos países, siendo México un país de arraigos culturales prehispánicos muy fuertes, nos asombra la búsqueda permanente de la comunicación cultural que ha caracterizado a México y a Colombia. Dicha comunicación se ha instaurado a través de la música, la pintura, el cine y la literatura. Cada uno de estos ámbitos constituyen referentes de investigación desde los cuales se podría indagar por la singularidad y razón de la comunión cultural entre los dos países. El libro de José Pascual Buxó —que aquí presentamos— nos permite acercarnos al diálogo que en el campo literario han sostenido México y Colombia. Este acercamiento da cuenta de los delirios amorosos

del poeta colombiano Francisco Álvarez hacia Sor Juana Inés de la Cruz, proporcionándonos materiales para una novela.

Debemos a José Pascual Buxó, miembro del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, de la UNAM, la reivindicación de un poeta colombiano que fue opacado, sin duda, por la magnificencia y grandeza de una obra como la de Hernando Domínguez Camargo. Los historiadores de la literatura colombiana han contribuido mucho más a dicho opacamiento, por el desinterés que han mostrado hacia un poeta irreverente que inició la búsqueda de una estética cuyo punto más culminante lo hallaremos en la poética de José Asunción Silva. Ese intento por romper con las estructuras canónicas de la poesía de su tiempo, aunque también las cultivara, constituye un antecedente de la obra de Silva; el atrevimiento en el tratamiento lírico del amor y del deseo, y en el modo de jugar con las frustraciones y la melancolía, nos hace evocar al yo poético que habla a través de muchos de los poemas de Silva y nos hace sentir igualmente la presencia de Quevedo.

Luego de quedar viudo y solo, Francisco Álvarez se encuentra con la voz poética de Sor Juana y de-



dica el resto de sus días al estudio minucioso de la obra de la monja y a su invocación como mujer. Como lo expone José Pascual Buxó, se presume que “los dos primeros tomos de las obras de la Décima Musa llegaron a Santa Fe entre 1694 y 1696 o, al menos, que sería entonces cuando Álvarez de Velasco pudo empezar a leerlos despacio”. Nuestro poeta tendría entonces 47 o 49 años y la obra de Sor Juana parece haber reanimado el amor juvenil y las ansias de decantar y pulir lo que venía escribiendo; simultáneamente fantasea con llegar a conocer algún día a Sor Juana y, por qué no decirlo, hacer realidad ese amor. Sin embargo, Sor Juana nunca tendrá noticia de este enamorado, pues cuando Francisco Álvarez quiso enviarle las cartas poéticas ella ya había muerto.

Hijo del oidor Gabriel Álvarez de Velasco, de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, quien fuera “autor de algunos tratados en latín”, Francisco Álvarez de Velasco hereda de su padre, además de propiedades y libros, la afición por la escritura, gusto que habrá de intensificarse, como lo sugieren sus biógrafos (Jaime Tello y Enrique Porras Collantes), cuando los compromisos gubernamentales lo obligaron a radicarse en la aislada provincia de Neiva, en donde se desempeñó como “go-

bernador y capitán”. Este parece haber sido el lugar que le permitió acentuar las fantasías amorosas con Sor Juana a través del verso.

No lo dice José Pascual Buxó, pero al leer los poemas que Álvarez de Velasco escribiera teniendo en mente a Sor Juana, nos damos cuenta que si los ánimos hubiesen sido distintos, en lugar del verso, Álvarez de Velasco habría escrito el primer estudio argumentado, hipotético y ensayístico sobre la obra fundamental de Sor Juana, como lo es “Primero Sueño”. Así lo sentimos cuando leemos el estudio de José Pascual y cuando cotejamos la obra misma del poeta colombiano – de quien se sabe muy poco en nuestro país, aunque aparezca reseñado de paso en las clásicas obras de la historia de la literatura colombiana, como las de José María Vergara y Vergara y Antonio Gómez Restrepo. Sólo hasta el año 1989, el Instituto Caro y Cuervo, hará una edición revisada de la obra del poeta santafereño, en un volumen de 690 páginas.

Como lo muestra José Pascual, en la escritura de Álvarez de Velasco se representa, muy laudatoria y poéticamente, la recepción de la obra de Sor Juana, en particular la recepción de los romances, las redondillas, los sonetos y la silva “Primero

Sueño”, haciendo de éstos la materia fundamental para su producción poética. Sentimos respirar tales textos a medida que el poeta habla en *Rhytmica sacra, moral y laudatoria*, publicado en España por primera y única vez en el año 1703, un año antes de su muerte, acaecida también en España; allí va dando cuenta de sus asombros frente a Sor Juana, y los sentimientos amorosos generados en la experiencia de conocimiento de la obra de la monja jerónima.

Los textos en homenaje a Sor Juana, que testimonian la emotividad suscitada por el conocimiento de tal obra, constan de una carta en prosa fechada desde Santa Fe, en octubre 6 de 1689 –Sor Juana murió en noviembre de 1695–; dos cartas laudatorias en verso, a manera de romance (la primera consta de 501 versos; la segunda, de 508); un romance “endecasílabo de esdrújulos”, de 72 versos; una copla endecasílabo, con juego anagramático (Inés, Nise, Esin, Seni, en el centro y sobre la figura de una cruz); un soneto, cuya lectura, según las indicaciones del poeta, instaura una redondilla, además del soneto; una segunda copla, cuyo mensaje está distribuido en el laberinto de una cruz; dos coplas, de cuatro versos cada una, en homenaje al segundo libro de Sor Juana; cuatro sonetos; un ro-

mance, de 83 versos; un texto en endecasílabos, de 160 versos, y un texto en décimas de ocho estrofas. La carta en prosa comienza con una actitud de humildad y de modestia, para mostrar, muy subrepticamente, su conocimiento sobre la tradición grecolatina y sobre los autores vigentes en la metrópoli española, como Góngora y Quevedo, citados por Sor Juana. Desde tal humildad y modestia, nuestro poeta, como destinador de la carta, se nos representa como un ignorante frente a ese Poeta-Dios que es Sor Juana, su destinataria; así el destinador de la carta es un “necio”, mientras que Sor Juana está colmada de “discreción”; el poeta es “una impertinente chicharra” frente a ese “coro (de) maestros y dulces jilgueros” que han elogiado a Sor Juana. Luego de alusiones y de perífrasis, el emisor de la carta insinúa su deseo de ir hasta México para confesarle su gran amor.

José Pascual nos muestra cómo la retórica de la exaltación amorosa está apoyada en la oposición de lo bajo y lo alto: el destinador (el enamorado) aparece en lo bajo, en las gradas de quien ora, mientras el destinatario (la enamorada) aparece en lo alto, en el estrado. Esta estrategia retórica es un modo de persuadir y de interpelar, a quien está dirigida la carta, porque si se le escribe a alguien que sabe

tanto, que tiene tanta información y que sabe disponerla para su circulación, es porque quien busca ese contacto comunicativo, también “algo” sabe de lo que sabe a quien le escribe; no sería de otro modo posible la comunicación epistolar: él se atreve a escribirle, aunque se sienta “necio”, porque sabe de qué habla y qué tanto ha leído la persona a quien le escribe. El discurso de la carta simula humildad e insinúa no estar tan lejos de aquello que su destinataria sabe. No en vano en las cartas aparecen referencias de autores que son citados implícita o explícitamente en la obra de Sor Juana: San Jerónimo, Pitágoras, Platón, Apolonio, Tito Livio y San Agustín. Es por el diálogo con los saberes representados en la poesía de Sor Juana que el poeta inicia el proceso de enamoramiento; se trata, en efecto, de un enamoramiento intelectual, pero que abre el camino hacia la potencialidad erótica.

¿Por qué se atreve a decirle que la ama, siendo ella monja y él tan puritano (como lo atestiguan sus biógrafos y, por supuesto, gran parte de su poesía), y por qué intentará hacer sentir ese amor, amor entre hombre y mujer, en las poéticas cartas laudatorias? Porque, no cabe duda, Francisco Álvarez, destinador epistolar, ha leído los poemas de amor, de celos y de desengaños pasionales, escritos por Sor Juana,

poemas que parecen haber despertado una pasión reprimida en el autor de la carta y que, como lo señala Pascual Buxó, intensifican los sentimientos narcisistas del poeta: si ella ha amado tanto como dice y reclama, él también puede amarla, y aún con más intensidad.

La voz entramada entre los argumentos de quien envía la carta reclama la necesidad del encuentro físico, porque después de reconocerse en sus saberes y en sus inclinaciones, qué otra cosa falta sino encontrarse. Aquella voz enmascarada, sólo reconocible en el tejido y combinación de los enunciados y sus implícitos, invocará por un amor íntegro, un amor en el que se fusione la inteligencia y el cuerpo de los amantes. Amar y venerar no deja de tener una doble lectura: se ama y se venera a la virgen, pero se ama y se venera también a la mujer deseada, a quien está dirigido el “gusto”, la atracción física; esos deseos enmascarados en las fórmulas de cortesía alcanzan su más plena realización en la espera de “muchos mandatos suyos” que serían como una “gloria” para el enamorado, y en el deseo de verla, conocerla directamente, “en carne y hueso”, como lo dice uno de sus versos.

Anota Pascual Buxó que “tanto para la tradición neoplatónica como para la del amor cortés, el amante se considera siempre inferior a la amada, por cuanto ella es la causa generadora del amor en el amante y, siéndolo, es –como decía Hebreo– receptora del servicio del amante.” Asimismo, “en el lenguaje feudal del amor cortés, el verbo servir hacía referencia a la supeditación del amante a la amada: si la señora acepta retener a su vasallo o siervo de amor, éste debe rendirle el homenaje de su fidelidad”. De allí, pues, el deseo de ser mandado por ella; es una manera de ser reconocido y de sentir que la puerta ha sido abierta, cuestión que sólo se realizará en el universo fantasioso del poeta.

Los versos de Francisco Álvarez nos muestran cómo el ejercicio de la escritura no es, en esencia, una actividad motora ni es exclusivamente una experiencia de la mente, si bien ésta constituye su eje fundamental; la escritura pone en tensión tanto a la mente como al cuerpo. En la dimensión afectiva de la escritura, el poeta se asusta, tiritita, siente miedo, el gusto se confunde, hay algo de vergüenza y de pena, y entonces la mano se paraliza. En la dimensión comunicativa, ¿a quién le habla el poeta? Aparentemente a Nise (Inés), pero más directamente

a la escritura misma, porque el enamorado precavido y cauteloso no busca un camino en línea recta, busca senderos; en los versos iniciales de este romance, Nise es un destinatario segundo porque el poeta se debate entre sus pensamientos confundidos y su posible materialización en la escritura. Al poeta le es difícil poner en funcionamiento la escritura; pero cuando lo logra hace de ella un juego; por eso, dirá después: “Yo hablo, río, quiero holgarme, y amor tengo a este métrico ejercicio”. El poeta se imagina a sí mismo como lector de su propia escritura.

El juego de Francisco Álvarez de Velasco es muy inteligente: si ella llegara a considerar esta escritura como pobre y tonta, no importa que así lo considere porque, de todos modos, él mismo ya lo ha dicho con sinceridad: él quiere mostrarse como un “poeta raso”, un poeta que todavía no entra en el Parnaso de Sor Juana, pero que aspira con vehemencia a ser aceptado allí. De otro lado, el poeta da los indicios necesarios para que su poesía no sea considerada como algo superficial. De todos modos, son estas preocupaciones lo que constituyen lo que él mismo llama ruidos. Así se pregunta el poeta “¿Quién puede escribir bien con mucho ruido?” El ruido es pues esa acumulación de imáge-



nes que antes y en el trayecto de la escritura quieren ser nombrados, o quieren exteriorizarse a través del lenguaje. Frente a esos ruidos que dificultarían la escritura, el poeta se da ánimos. El acercamiento imaginario, propiciado por la escritura, le hace sentir el deseo de una mujer cada vez más real, más visible, “una musa de carne, sangre y hueso, / que tenga lengua y hable, / que reconozca las flaquezas de un poeta miserable” y pueda aliviarle “las pobreza” de su seso.

El poeta que habla en la carta-romance manifiesta su querer ir a esa Meca donde habita Nise, para “besar con anhelo/ las doctoras arenas de su suelo” y encontrar las ciencias, “tantas fuentes, raudales tan amenos, / cuantos el pie de Nise ha dado pasos”; conocedor de la poesía de Sor Juana, sabe que no hay piedra en México “que no sea fuente de sabiduría”; allí, él se hartaría, se llenaría, para bien de su vena poética; encontraría “en solo cuerpo, en solo una hermosura, / toda la Vaticana”, entendiendo por ello a la que manda y sabe, le pediría “cual avariento rico, alguna gota/ de aquellas perlas que su pluma brota”.

Nos damos cuenta pues que ese ideal de todo escritor colombiano por estar alguna vez en México tie-

ne sus orígenes en el poeta Francisco Álvarez, hacia finales del siglo XVII, quien finalmente no pudo hacer realidad tal deseo pues su muerte en España, pocos años después de la de Sor Juana, lo truncó. Estos análisis de José Pascual sobre una vida extraña y delirante como lo fue la de nuestro poeta, constituyen el material para una novela que merece ser escrita.

Fabio Jurado Valencia  
Universidad Nacional de Colombia